

CAPITULO VI

LOS DESBORDES DEL PODER. ABUSO SEXUAL INFANTIL

Este apartado surge como una temática emergente en el proceso de investigación, ya que en el desarrollo de las entrevistas se plantean situaciones de abuso sexual en el 32% de los entrevistados, tanto varones como mujeres, desde la dinámica centro-periferia. En este sentido el abuso se produce entre los 06 y 12 años de edad, en algunos casos producto de relaciones incestuosas (entre padres, padrastros o tutores a cargo efectivo del ejercicio de la Patria Potestad o tutela), en otros casos podrían encuadrarse en esta figura los abusos sexuales sufridos por niños frente a la agresión de familiares, sacerdotes, educadores y ocasionalmente por la diferencia de edad entre sujetos que establecen una relación de noviazgo.

El abuso sexual infantil es una problemática de naturaleza adversa, que obtura la construcción de trayectorias sexuales, e impide a los sujetos de la infancia atravesar por la etapa de latencia, puesto que se organiza un pasaje casi inmediato del autoerotismo propio de la infancia a la genitalidad adulta. Se caracteriza por reprimir lo vivido bajo el signo de la amenaza, el temor o la vergüenza. La falta de narrativa crea las condiciones de posibilidad para que el victimario continúe con la práctica abusiva que reviste un carácter coercitivo, de dominio, de control, que coloca a la víctima en una situación de vulnerabilidad que paraliza.

La coerción sexual involucra la utilización de una persona desde la perspectiva de objeto, para satisfacer necesidades sexuales o sexuales/emocionales. Por lo general los vínculos entre victimarios y víctimas, se caracterizan por la prevalencia de relaciones asimétricas y de poder, en algunos casos de correspondencia parental que incluye a un adulto y a un niño. La configuración vincular bosqueja la consolidación de heridas emocionales acompañadas de sentimientos de inseguridad, vergüenza, culpa, angustia, temor, basadas en un aprendizaje sexual de sometimiento y opresión.

Los escenarios en que se llevan a cabo estos acontecimientos presentan rasgos singulares; ya que la práctica de sometimiento se produce a puertas cerradas, o en la complicidad de las sombras, son espacios cotidianos de supuesta protección para el niño, como lo son su hogar, la vivienda de un familiar, o dependencias de un establecimiento escolar o parroquial, entre los más frecuentes. Desde esta perspectiva recrear escenarios, sujetos, realidades y vínculos que construyen estas prácticas sexuales,

facilita la comprensión de los dispositivos que se activan para mantenerlas, y/o reproducirlas encubiertas bajo la fachada de la protección.

6.1. La ceremonia de someter

“Tenía 6 años cuando mi viejo vino a jugar conmigo a la cama, todavía me acuerdo de un pantaloncito rosado y una remerita del mismo color haciendo juego...me decía que yo era su chiquita, su reina, que nunca nadie nos iba a separar...después de a poco me empezó a dar besos, a tocarme entre las piernas, a darme besos...y pedirme que no le cuente nada a nadie porque eran juegos de secreto entre nosotros...a mí al principio me gustaba y mucho...como a los doce años yo ya me había indispuesto, me penetró, me abrazaba muy fuerte y me decía ahora sí sos mía para siempre, ya ningún pendejo de mierda va a poder hacerte nada y nadie te va a querer así...sabe mi putita...mía...mía.....a veces me agarraba por la fuerza y me obligaba a meterme en la cama con él, ponete perfume me decía y me daba el mejor perfume de mamá...alguna vez quise decirle a mi vieja pero ella estaba siempre en otro mundo, pendiente de sus amigas, de la pilcha, de la apariencia...“Con el tiempo las exigencias fueron en aumento y me obligaba casi a diario a mantener relaciones con él, empezó a ser tan obsesivo conmigo, me llevaba a todos lados, no me dejaba tener amigos ni ir a los bailes, eso sí me llenaba de pilchas, de objetos valiosos, yo cada día empeoraba en mi humor, en mi voluntad, en mis deseos de vivir...”.a los 15 años me quedé embarazada de él y ese fue motivo para que le diga a mi mamá que yo era una puta de mierda y que no le iba a hacer pasar esa vergüenza a él, y que se quede tranquila que estas cosas las arregla él como hombre ...Me llevó a Córdoba, me hizo un aborto...a partir de ese momento me sentí morir, ya nada iba a ser igual, sumergida en mi dolor, sin nadie que me escuche, presa en la cárcel de mi propia habitación comencé a auto flagelarme, me cortaba con cuchillos, tijeras, elementos punzantes hasta hacerme doler y sangrar la piel, dejé de comer de a poco, quería desaparecer del mundo...tomaba laxantes, ansiaba no menstruar más, me fui alejando de todo, temblaba cada vez que mi viejo se me acercaba y a partir de allí las pastillas, los sedantes...”Juanita, 16 años (FME, centro).

Freud (1967) plantea que el Yo corporal contiene zonas erotizadas por ser sede de intercambios con el semejante. El cuerpo erógeno vincular en el marco de las relaciones de carácter incestuoso van construyendo un mapa de fijaciones libidinales, (besos, tocarme entre las piernas, darme besos), una geografía donde los límites se borran en el encuentro de los cuerpos (hombre-mujer) y de los Yoes (Padre-hija; partenaire-niña). Si bien el tabú del incesto organiza las bases de todas las otras prohibiciones, tanto en el orden individual como en la historia de la humanidad, dado que es la piedra angular de todas las proscipciones morales y culturales, en el análisis de este caso se encuentra quebrantado frente a la aplicación sistemática del progenitor de un mecanismo que crea esta figura y que consiste en la reiteración de posesión (sos mi chiquita, mi reina...sos mía, mía para siempre), en la organización del mandato que actúa en el espacio emocional (ya nadie nos va a separar...con el tiempo las exigencias iban en aumento...y me obligaba casi a diario a tener relaciones con él) y de la imposición de silencio que deviene de los juegos de secreto (no cuente nada a nadie). Los juegos de secreto se transforman en demandas obligadas, de carácter casi diario, perturbadoras por los elementos que la mantienen (empezó a ser tan obsesivo conmigo), que cercenan gradualmente la posibilidad de desarrollo personal (me llevaba a todos lados, no me dejaba tener amigos ni ir a los bailes), y que crean mecanismos compensatorios del silencio, de los juegos (eso sí me llenaba de pilchas, de objetos valiosos, yo cada día empeoraba en mi humor, en mi voluntad, en mis deseos de vivir).La relación se torna agónica y oscila entre Eros considerado el impulso constructivo del amor y la creación; en el que participan, la energía libidinal de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como amor (a mí al principio me gustaba y mucho) y Tánatos calificado como impulso agresivo cuyas tendencias son la destrucción y la muerte (luego de la realización del aborto, inicia acciones letales vinculadas con su cuerpo (comencé a auto flagelarme, me cortaba con cuchillos, tijeras, elementos punzantes hasta hacerme doler y sangrar la piel), la ingesta de alimentos (dejé de comer de a poco, quería desaparecer del mundo...tomaba laxantes, ansiaba no menstruar más), el aislamiento (me fui alejando de todo), el ingreso a una existencia terminal (temblaba cada vez que mi viejo se me acercaba y a partir de allí las pastillas, los sedantes). Este testimonio da cuenta del efecto de los procedimientos de sometimiento, cuando el silencio obtura el relato, además de un vínculo que se transforma en una relación agónica que oscila en tendencias que representan el principio de muerte en sus formas más diversas. La violación y/o abuso sexual provoca consecuencias imprevisibles que derivan en conductas vinculadas al suicidio o

adicciones como modos de canalizar la angustia y encontrar una salida definitiva a heridas emocionales que atraviesan las experiencias de las víctimas.

Si bien las pulsiones tienden a satisfacerse, cuando fallan en su tramitación hay malestar, (me sentí morir, ya nada iba a ser igual, sumergida en mi dolor, sin nadie que me escuche), neurosis y angustia (quería desaparecer del mundo...tomaba laxantes, ansiaba no menstruar más, me fui alejando de todo, temblaba cada vez que mi viejo se me acercaba y a partir de allí las pastillas, los sedantes). El síntoma del incesto no es reconocido ni aceptado, es un secreto a voces, es un gozo oculto, enmascarado debajo del ropaje que ofrece la institución familiar o la patria potestad.

La asimetría de poder se produce desde la condición y posición de padre, y va construyendo una rutina persistente en la que el Otro (su hija) es objeto de satisfacción de sus anhelos más profundos y además un cuerpo utilizado para encauzar la concreción del deseo. La lógica dominante-dominado; represor- sometido frente a la ausencia del relato, ocasiona el derrumbe de la dialéctica entre olvidar y recordar. La prohibición de transmitir opera como la negación de la memoria, posibilitando que los episodios se repitan una y otra vez compulsivamente.

6.2. Placer tutelado

“Nací en un pueblo del interior, y me crió mi abuela...me dio mucho amor pero duró poco, cuando tuve 9 años, ella murió de un paro cardíaco, re joven. Entonces en lugar de buscar a mi mamá que vivía cerquita de ahí nomás, me entregaron a una familia de ricos para que se haga cargo de mi crianza...al poco tiempo que llegué un día el dueño de casa, un doctor era...es...se metió en mi cama, me tapó la boca, se me subió encima, me sacó el calzoncillo y me penetró...me decía cosas que sea bueno con él que lo iba a tener todo, que haga lo que el me diga y jamás me iba a faltar nada, que no cuente nada pero que yo ya era de él suyo para siempre...a veces la mujer no estaba y me hacía faltar a la escuela, se iba al baño y me llamaba, vení me decía y en la bañadera me hacía desnudar y que le friccione el cuerpo, y me hacía detener en el pene y en los testículos. Me pasaba el pene por la cara y me pedía que le dé besos en los testí-

culos...luego otra vez me poseía...mi vida era un sufrimiento muy grande, no podía tener amigos, porque enseguida buscaba la excusa para castigarme y la mujer yo creo que ella sabía me hacía hacer las tareas más desagradables de la casa, desde limpiar el baño, lavar, cocinar, limpiar los pisos...además me pegaban mucho. A los 14 años me fugué y para vivir ejercí la prostitución, no tenía parientes, amigos, nada...entré en la droga, en el alcohol...dormía de día, de noche todo podía pasar...quise matarme dos veces con una sobredosis y después con pastillas, las dos veces me sacaron, yo les rogué que me dejen morir Mauro, 16 años (MHEA, periferia).

El contexto socio-familiar de Mauro está condicionado por duelos, abandono de la madre, (crianza a cargo de la abuela, fallecimiento de la abuela), pérdida vincular (traslado desde su pueblo natal hasta el domicilio de la familia asignada por el Juzgado de Menores).

A la edad de nueve años es violado (me penetró), e iniciado en un juego de sometimiento (que haga lo que él me diga) y secretos (que no cuente nada). Forzado a ingresar en una genitalidad adulta (me penetró) ingresa en un vínculo de posesión-objeto (yo ya era suyo para siempre), socializado para ser objeto de deseo, desde una posición pasiva (me hacía desnudar, me poseía), recibe órdenes de su agresor para generar estímulos variados (fricción del cuerpo, poner la cara para que le pase el pene, besar los testículos) y provocar el deseo hacia la actividad sexual de manera unilateral (me poseía).

El estado de displacer a partir del sometimiento es reforzado con aislamiento (no podía tener amigos), castigos físicos y el desempeño de actividades humillantes (limpiar el baño, lavar los pisos) y otras vinculadas con la preparación de alimentos (cocinar) y limpieza en general (lavar).

Entre los 09 y 14 años la ausencia de control de la situación por la pasividad frente a las demandas sexuales del agresor-tutor, provocan también la pérdida del control de sí (fugas, ejercicio de la prostitución), adicciones (entré en la droga, en el alcohol), pérdida de registro de la existencia (dormía de día) e intentos de suicidio por sobredosis y con pastillas.

Las consecuencias de los avasallamientos contra la integridad de las personas originan tanto la interrupción en la transmisión de las historias personales como una complicación en las trayectorias sexuales. La narrativa ausente, las voces del silencio se

presentan al sujeto de la infancia como secretos peligrosos, como mentiras, como cuestiones tan prohibidas que implosionan la subjetividad.

El incesto con su marca de lo prohibido, de lo que está vedado por la cultura arrasa a la esencia más allá de la existencia, bajo el signo de la apropiación, de la privación vincular. En este sentido los dispositivos de regulación de las sensaciones expresan su fracaso que en términos de Adrián Scribano (2005:3) sostienen las prácticas de soportabilidad social. Estas prácticas de coagulación de las pasiones y la privatización de las emociones son prácticas que traban o destraban la potencialidad del conflicto. Expresar las emociones, las sensaciones desde la dominación y expropiación de los deseos del otro, amparados en el poder y autoridad que concede la estructura familiar da cuenta de los desbordes de la sexualidad y el fracaso de la moral, como lugar donde anida la ley de prohibición del incesto. El padre se erige como el poseedor del poder y del saber, el dueño de la vida del otro indefenso, que en su indefensión recibe sufrimiento para que el otro goce.

Las estructuras de pensamiento y acción desplegadas a través de la “institución familiar” dejan de lado las particularidades de los sujetos involucrados en los procesos de formación y se organizan a partir de estándares de medición que pretenden unificar al conjunto en función de ciertas normas, imágenes, roles, competencias, valores, jerarquías, que definen formas de ser construidas cotidianamente en los procesos de socialización para permitir que lo instituido-instituyente configure una dinámica en la cual permanencia y cambio ínter juegan tanto en el plano subjetivo como colectivo.

En ambos casos (Juanita y Mauro) desde la particularidad de sus biografías se constituyen en sujetos de la infancia que silencian el ultraje dado que no saben (por una cuestión de experiencia), pero además de desprotección y/o pérdida de lazos vinculares con otros involucrados en la trama familiar, que lo dejan a merced de su victimario. En ambos casos la figura de la mujer-madre se desplaza hacia el espacio público (mi vieja no estaba, la mujer no estaba), para dejar en el espacio privado una zona liberada, de descontrol, que facilita al agresor la condición de posibilidad que le permite habilitar una trama de silencios, fantasías, humillaciones en las que el ejercicio del poder de el Otro-Cuidador padre o tutor, produce un menoscabo continuo e incesante en la autoestima e independencia del sujeto, capaz de provocar hasta el suicidio puesto que en el desarrollo de la vida su fin es la muerte, ya que crea “en las fronteras y los intersticios del poder que se ejerce sobre la vida, el derecho individual y privado de morir”. (Foucault, 2002:167,168).

6.3. Yo te quito yo te doy

“era un día que quemaba la tierra, no teníamos agua en las casas, me juí a traer un balde con agua del arroyo, ya había bajado mucho el sol; y me juí pal arroyo, me meto adentro del agua así vestida como andaba con unos shores y de musculosa, iba saliendo cargo el balde con agua y al entrar a la casa, me agarró el Martín y me pecha para la pieza de mi vieja...me besaba y me mordía los labios y el cuello, me sacó a tirones la ropa de abajo nomás y me metió las manos por medio las piernas, y me dijo hace rato que te tengo ganas pendeja y ahora si no querés que tu vieja sepa de esto vas a hacer lo que yo te diga, ni contestar, ni gritar, nada podía, solo me quedé quieta, muerta de miedo...para mi vieja siempre fui una carga, un tiempo me tuvo mi abuela hasta que mi viejo no la ayudó más...el Martín se hacía que ir al laburo, salía tempranito de las casas y la espiaba a mi vieja que salga pal laburo, daba unas vueltas de tonto y volvía me sacaba de la pieza como estaba yo duermo en la misma pieza con siete hermanitos y en la misma cama con mis dos hermanas más chicas de 3 y 4 años...me llevaba a la pieza de mi vieja y me hacía lo que él quería me sabía decir vos tenés que ser buenita conmigo por que así como yo te quito yo te doy, vos sabés que puedo darte desde la comida, una pilcha y hasta la joda...tuve que dejar la escuela por que no quería que me junte con nadie, me obligaba a hacer cosas terribles para que no le haga eso mismito a mis hermanitas, yo ya casi no podía dormir, comía poco, andaba nerviosa, tenía miedo por todo...una noche en un asado que mi vieja se machó, delante de la cara de ella me volvió a hacer de todo y mi vieja al otro día me cagó a palos y me echó de la casa por que dice que yo era una pendeja puta de mierda que me metí dentre ella y el Martín...tenía razón nomás el guacho él me quitó todo y me dio la calle...anduve rodando mucho, mendigué, me prostituí por el plato y por la cama... (Mónica, iniciada a los 13 años, con Martín pareja de la madre).

Mónica es abusada por la pareja de su madre...en un momento en que se encuentra desarrollando actividades vinculadas con la provisión de agua. Este acontecimiento irrumpe en su vida cotidiana, bajo el signo de la violencia (me agarra el Martín y me pecha para la pieza de mi vieja), de la acción sobre el cuerpo (me besaba y me mordía los labios y el cuello), de la intimidación (me sacó a tirones la ropa), que des-

articula la capacidad de defensa en la víctima (me metió las manos por medio las piernas). Arrasadas las barreras de la integridad física se suceden una cadena de mecanismos que acallan las voces para impulsar la acusación, el agresor justifica su ataque (... hace rato que te tengo ganas pendeja), para exigir a cambio silencio (y ahora si no querés que tu vieja sepa de esto), mediante amenazas (vas a hacer lo que yo te diga, ni contestar, ni gritar), que paralizan (nada podía, solo me quedé quieta, muerta de miedo) y que facilitan la repetición de la agresión con el empleo de estrategias de ocultamiento de los hechos de simulación (se hacía que ir al laburo), rutinarias (salía tempranito de las casas) que eviten testigos (la espiaba a mi vieja que salga pal laburo), y que le otorguen seguridad (daba unas vueltas de tonto), para someter (...me llevaba a la pieza de mi vieja) una y otra vez.

El eje de agresión es la voluntad (me hacía lo que él quería), a través de la persuasión (vos tenés que ser buenita conmigo) y de la aplicación de un sistema de premios y castigos (... como yo te quito yo te doy), que incluyen el aislamiento (no quería que me junte con nadie), las amenazas (me obligaba a hacer cosas terribles para que no le haga eso mismito a mis hermanitas), y el deterioro emocional y progresivo de la víctima expresado en alteraciones del sueño (no podía dormir), de la alimentación (comía poco), alteraciones anímicas (andaba nerviosa), emocionales (tenía miedo por todo).

6.4. Yo no cuento, vos no cuentas

“Estaba por cumplir mis 09 años, cuando me llama el Asesor del Colegio de Curas al que iba yo, para preguntarme cómo andaba en el estudio, en mi casa, se había enterado de la separación de mis viejos...mi mamá era muy de la Iglesia...y era todo un drama la situación ahora mire usted... mi viejo se fue a vivir con una mina rejuven ...en medio de ese kilombo, con todo lo que se estaba hablando yo me puse mal...y el vino me abrazó, me pidió que no llore que él estaba ahí para cuidarme...que piense que Dios me quería y que para eso ...y mientras me hablaba sus manos entraban y salían del medio de mis pantalones...yo no entendía nada...estaba aturdido, no podía entender o no quería entender...hasta que me empezó a besar en la boca, me bajó los pantalones y me besaba fuerte muy fuerte una y otra vez el pene...me pidió o me obligó a que le haga lo mismo yo no sabía qué hacer...entre medias palabras me decía algo así

como que Dios me mandó que te haga esto, por que tenés que tener un alivio a tanto dolor hijo...por eso vos tenés que ser buen cristiano y respetar que todo lo que viene de Dios es por algo...Yo no le voy a contar a nadie que tus padres están separados y que tu papá se fue a vivir con una mujer muy joven y vos no le cuentes a nadie, este es un secreto entre vos y yo para sanar tu alma, yo no sabía qué hacer...sentí asco, rabia, dolor...después me enfermé...al tiempo dejé la escuela.(Danny, 17 años, periferia).

Danny se enfrenta con una situación de abuso en un contexto de fragilidad emocional (separación de los padres), y vulnerabilidad afectiva que es empleada por el sacerdote para provocar sentimientos de protección primero (...el vino me abrazó), de seguridad después (...él estaba ahí para cuidarme), bajo el amparo divino (...que piense que Dios me quería). El empleo de estrategias de seducción invaden y quiebran la voluntad de la víctima (mientras me hablaba sus manos entraban y salían del medio de mis pantalones), anulan sus pensamientos (...yo no entendía nada), y lo colocan en una posición de subordinación por la imposibilidad de reaccionar frente a la obstinación del agresor en dar continuidad a su deseo para lo cual apela a diferentes estímulos (besos en la boca), quitar la ropa (me bajó los pantalones), para lograr acceder a la zona genital (me besaba fuerte muy fuerte una y otra vez el pene) y exigir recibir lo que da (me obligó a que le haga lo mismo), para imponer silencio bajo el manto del amparo divino (Dios me mandó que te haga esto) y justificar por el secreto de la confesión su actitud (no le cuentes a nadie, es un secreto entre vos y yo para sanar tu alma) yo no sabía qué hacer...sentí asco, rabia, dolor...después me enfermé...al tiempo dejé la escuela.

En este caso, el abusador es un hombre de la Iglesia, un sacerdote que prospera en el logro de su objetivo de sometimiento sexual, apelando a la intercesión divina, a un Dios que está ausente pero se hace presente en este aquí y ahora. Por un lado al actuar con estrategias de seducción violentas provoca la desestructuración en la víctima, el debilitamiento progresivo de la voluntad y por el otro inscribe las condiciones de posibilidad que facilitan el pedido de silencio, como el tributo a pagar por las faltas cometidas.

Alrededor de los 9 años de edad, algunos varones inician sus prácticas masturbatorias, las que son consideradas pecaminosas por la Iglesia, desde esta perspectiva es probable que el sujeto de la infancia experimente culpa, por la relación que tiene

además el universal secreto de las sexualidades infantiles. Las relaciones de poder se materializan a través del empleo de la sexualidad como herramienta capaz de encontrar en el engaño, en los secretos, en los juegos peligrosos una articulación para el desempeño de múltiples y renovadas estrategias.

Mirés (2005:127) discute que “la sexualidad es negada, es innombrable pero que la representación del inconsciente es sexual e infantil al mismo tiempo”. Con la emergencia de los impulsos sexuales, la Iglesia se constituye en una de las vías para organizar la energía libidinal. Frente a la vivencia de abuso sexual los sentimientos de culpa, unidos al sistema de creencias por la demonización del vínculo sucumben a la omnipresencia del pecado. El silencio queda atrapado en una actividad sin calificativo, en un espacio público (escuela) empleado con fines privados, (obtener goce sexual) pero reservado a la condición de intimidad (confesional) concedido por las autoridades educativas. El ámbito público devenido en privado garantiza el silencio y disuelve el conflicto.

6.5. Yo me entrego él me banca

“Estando de novia con el Juan, que me lleva 12 años, el ya va pa los 25, no hacía mucho que salía con él te imaginás, me hizo que me entregue...yo no tenía idea de nada...me dijo que íbamos pa la casa de los padres pero allá no pasaba nada...los viejos no estaban y me dijo vení conoce la casa, y se sentamos en un sillón y me empezó a tranzar mal, yo sentía que los calores me subían y el me aprietaba con tal fuerza que yo no podía zafar, entonces me agarró y me empezó a desnudar de abajo nomás ...me levantó y me acostó debajo dél y eso, me hizo lo que quiso, yo ni me podía mover siquiera...me tapaba la boca para que no grite...del dolor me saltaban las lágrimas y lloré mucho...después me quedé preñada y mi mamá me llevó a la doctora de la posta pa que me controlen y esas cosas y me de el certificado pa presentar en la Ansés así cobro el subsidio por hijo....después lo habló al Juan para que se haga cargo de mí y me banque, por que como soy una cría alguien tiene que responder por mí y como él es policía cobra y nos trae mercadería(Elena, 13 años, periferia)

Elena es iniciada sexualmente por su novio que la dobla en edad. El acontecimiento se inscribe bajo el signo del artificio (...me dijo que íbamos pa la casa de los

padres), del sometimiento (me hizo que me entregue), de la sorpresa (yo no tenía idea de nada), de la ofensiva (me empezó a tranzar mal), de la opresión (me aprietaba con tal fuerza, yo no podía zafar, me agarró, me hizo lo que quiso), de la violencia (me levantó y me acostó debajo dél), una agresión que paraliza (yo ni me podía mover siquiera), que obliga a callar (me tapaba la boca para que no grite), que esconde el sufrimiento (del dolor me saltaban las lágrimas y lloré mucho) y marca las negligencias (me quedé preñada) que la enfrentan a la verdad frente a su madre y crean las condiciones de posibilidad para que la sumisión cobre sentido en el marco de una relación de noviazgo (mi mamá lo habló al Juan), permitida bajo circunstancias impuestas (que se haga cargo de mí y me banque).

En este caso se advierte que el proceso de socialización contribuye en la naturalización de relaciones desiguales que ordena a las adolescentes mujeres de la periferia mantenerse en el ámbito privado para reproducir las actividades ligadas a la reproducción de la existencia y manifestar disposición para responder a las demandas, masculinas. Se le imponen compromisos que la enfrentan a reconocer en las acciones lo que está considerado habitual en el espacio social que habita. El silencio, la palabra que no significa, construye espacios posibles para que las prácticas sexuales, naturaliza el momento, la forma, las condiciones que impone su pareja como lo que debe hacer.

Perinat Maceres (2003:187) plantea que las peores estadísticas de salud sexual y reproductiva adolescente se encuentra en las sociedades más conservadoras y en esas estadísticas se encuentran ocultas estas biografías que dan cuenta del elevado caso de abusos sexuales infantiles (32%) que se producen en el orden local y que atraviesan a adolescentes varones como mujeres, tanto del centro como de la periferia.

En el proceso de socialización el adulto ejerce sobre el sujeto de la infancia una decisiva influencia, ya que crea las condiciones de constitución de un mundo representacional que da curso a las fantasías sexuales de supervivencia y de autoconservación. El abuso sexual infantil se constituye en una agresión que deja huellas en la capacidad de autoconservación, como de supervivencia, ya que si bien la vida se conserva, se mantiene, se encuentra invalidada por múltiples intentos de flagelación, suicidios, adicciones y/o impulsos autodestructivos.

El ataque sexual que deviene del poder divino de los siervos de Dios, advierte de la doble moral en que se encuentran los sacerdotes que por lado condenan y

prohíben el ejercicio de la sexualidad a sus miembros bajo el signo del celibato obligatorio y por el otro limitan a los fieles a vivir la sexualidad con fines reproductivos.

La socialización en líneas generales como proceso instituido e instituyente es tributaria de la construcción de relaciones asimétricas que posiciona a los niños y a las mujeres en situación desventajosa en correspondencia con el adulto. En este sentido la posición social que ocupan las mujeres adolescentes de la periferia es reconocida por y para el desempeño de actividades domésticas de baja calificación. De este modo, la mujer no conoce derechos sólo deberes y puede llegar a confundir esas obligaciones como lo correcto, lo que hay que hacer, dado que no queda otra salida. Por ello aprende a someterse a los deseos del otro. La experiencia sexual va construyendo un estilo de vida, donde las condiciones a las que son expuestas refuerzan su baja estima e inferioridad. Sin poder expresar sus deseos, silenciada en sus necesidades, es sometida a abusos aún en el marco de relaciones de noviazgo. Esta situación se replica en el caso de los varones abusados que siendo incapaces de defenderse en ese momento cargan con un estigma que los enfrenta por un lado a lo que se espera de ellos y las derivaciones que sufren en la interrupción de su trayectoria sexual. Sin posibilidades de expresar lo sucedido el acontecimiento traumático queda encapsulado y el sujeto atrapado en una trama fantasmática de difícil resolución.

En la pubertad el sujeto ingresa en la cultura en la medida que el complejo de Edipo sea imaginado por los adultos como la barrera que la cultura organiza para preservar la privación de acceso al cuerpo infantil por parte de las figuras parentales (padre-tutor-sacerdote-padrastra-otros) con el propósito de alcanzar placer sexual. El quebrantamiento de las barreras que prohíben en nuestra cultura convenir prácticas sexuales de adultos con los sujetos de la infancia presenta en el lenguaje su aliado y transgresor. El adulto desde la supremacía de la autoridad que lo legitima, diseña un sistema de opresión que le permite aprisionar, acoplar y cimentar una realidad que permanece con una jerarquía impensable y que liga con densidad simbólica. El adulto actúa, dice, hace, silencia aquello para lo cual los sujetos de la infancia no tienen palabras para resistirse, dado que la trampa se encuentra en el poder no discursivo. Un poder que impregna la vivencia, que atraviesa la existencia bajo el manto del silencio de lo que se calla, lo que no se designa obtura la organización, impide situar y darle sentido a la experiencia.

El cuerpo representa un espacio que aparece como generador de poder. Un poder que se encuentra en los ámbitos socio-culturales para asumir una función de sacerdote- asesor-educador o en el ámbito político para asumir la función de padre,

tutor o encargado, y que desconocen que el límite con el cuerpo del niño desde la sexualidad lo otorga la inmadurez por la edad y contextura física. En este sentido el cuerpo erógeno es invadido por sensaciones, sentimientos y emociones de difícil procesamiento y tramitación. El adulto inscribe sus propios temores y fantasmas en la realidad fantaseada o codiciada.

El dispositivo que emplean los abusadores está dado por la participación gradual de algunos de la emergencia de situaciones de violencia en el contexto de interacción del adulto con el niño, que se pueden distinguir por acción de la sorpresa, intimidación o agresión, el empleo de estrategias de seducción que desorganizan a la víctima y debilitan su voluntad, la posesión en forma reiterada, la intromisión progresiva del mandato de sumisión que construye una continua intervención en el espacio emocional. En estas configuraciones del dispositivo se gesta la condición de posibilidad para establecer un vínculo de posesión-objeto, por imposición de silencio (castigos físicos-amenazas-juegos de secreto), además se registra una obsesión por el objeto que configura la simulación de rutinas. En este procedimiento rutinario se produce la elaboración de mecanismos compensatorios que actúan claramente sobre la supresión progresiva de interacciones sociales que conducen al aislamiento.